

SÍNDROME 1933

1. Cosas que ya se vieron en el 33

Un pacto de Gobierno entre dos partidos que se habían insultado hasta el día anterior. Con la mediación de alguien que se creía más listo que los demás. Hitler radiante en el balcón. Los socialdemócratas le restan importancia: «Hitler no es Mussolini, Alemania no es Italia», «durará poco». Los comunistas están esperando la revolución. Últimamente debaten si las tiendas deben cerrar en Nochebuena.

El año se presentaba rutinario. Como de costumbre, los partidos discutían. Sobre las cosas de siempre. Ninguno tenía la mayoría. Entonces llegaron las frenéticas negociaciones. Entre polémicas, vetos cruzados, encuentros secretos y maniobras bajo mano. Hasta la víspera, es más, hasta minutos antes, nadie habría apostado a que el anciano presidente iba a nombrar canciller a Adolf Hitler. Ni siquiera al frente de un Gobierno de consenso entre partidos que habían estado peleándose a muerte, insultándose mutuamente.

Hacía tiempo que se intuía una convergencia entre la vieja centroderecha del magnate de los medios Alfred Hugenberg y el nuevo populismo agresivo de los nacionalsocialistas de Hitler. De hecho, ya habían intentado llegar a un acuerdo. Pero no lo habían logrado. El centroderecha tenía demasiados gallos en el gallinero, los empresarios y la élite desconfiaban de los populistas. Parecía que ese matrimonio no iba a producirse. Y sin embargo...

CONTRATO DE GOBIERNO CON MEDIADOR

El 30 de enero de 1933 cayó en lunes. Un día frío pero seco. Por la mañana aún no estaba claro cómo acabaría la jornada. En cierto momento había corrido el rumor de que se habían roto las conversaciones para un nuevo Gobierno y que Hitler ya viajaba de vuelta a Múnich. El embajador británico había informado a su país de que el presidente se disponía a

encargar el mandato a Von Papen. En efecto, las negociaciones avanzaban a buen ritmo.

Entre las nueve y las diez los dos máximos representantes del Stahlhelm (los Cascos de Acero, la potente asociación de excombatientes ultranacionalista), Theodor Düsterberg y Franz Seldte, se presentaron en el apartamento que Von Papen tenía en el Ministerio del Interior. Papen intentó convencerlos de que entraran en un Gobierno de coalición presidido por Hitler. Alterado, les dijo: «Si a las once no está conformado el nuevo gabinete, intervendrá el Ejército. Existe la amenaza de una dictadura militar encabezada por Schleicher». Más tarde llegaron también Hitler y Göring. Düsterberg ni siquiera los saludó. No perdonaba cómo lo había atacado la prensa nazi durante las elecciones presidenciales de 1932 llamándolo judío (de hecho, uno de sus abuelos se había convertido al cristianismo, pero en aquella época Düsterberg no lo sabía). Hitler se le acercó y juró que jamás había autorizado, ni mucho menos ordenado, aquellos ataques personales. Desarmado por el gesto, Düsterberg dejó de lado sus objeciones a que se incorporara al Gobierno un representante del Stahlhelm. A ministro regalado no se le mira el diente. Seldte aceptó con entusiasmo el Ministerio de Trabajo. Prosiguieron las nerviosas negociaciones en la antecámara del presidente de la República, donde habían sido emplazados a las once. Hitler hacía promesas, tranquilizaba a unos y otros. El conde Schwerin von Krosigk, un político que ya había servido en gobiernos anteriores, también había sido convocado, y todavía se ignoraba por qué. Solo en el último instante le dijeron que querían que fuera ministro de Finanzas. Él aceptó con una única condición: que le permitieran mantener el presupuesto en orden, sin rebasar el déficit. Se lo aseguraron, mintiendo a conciencia. Hugenberg, el líder de los nacional-populares y dueño de la mitad de la prensa, ya había acaparado ministerios, pero minutos antes de su juramento estuvo a punto de dinamitarlo todo: no le habían dicho que Hitler había decidido convocar de inmediato nuevas elecciones y temía, con razón, que su Partido Nacional del Pueblo Alemán quedara eclipsado. Hitler le dio su palabra de honor de que, fuera cual fuese el resultado de los comicios, esa composición del Gobierno permanecería intacta. Pero Hugenberg no cedía:

nada de elecciones anticipadas. «¿Cómo puede dudar de la palabra de honor de un alemán?», intervino Von Papen. Hitler mentía. Von Papen mediaba, persuadía, mentía también. La disputa solo acabó cuando el jefe de gabinete de la Presidencia de la República, Otto Meissner, entró con el reloj en la mano y les aseguró que no podían seguir haciendo esperar al presidente. Al final, quien juró su cargo a mediodía fue Hitler. Tenía cuarenta y tres años.

Contraviene todas las reglas anticipar el final de una historia, quiénes son los culpables, qué les ocurre a los protagonistas. Pero no me resisto a contarla aquí y ahora, aun a riesgo de hacer un *spoiler*, de arruinar el suspense. De las partes originales del «contrato» de Gobierno solo sobrevivió una, que engulló a la otra. Hugenberg se mantuvo en el cargo menos de seis meses, de enero a julio. Su Partido Nacional del Pueblo Alemán se disolvió en el Partido Nacionalsocialista. Más tarde también le arrebataron los periódicos. Pero conservó el escaño y las dietas de diputado hasta 1945. «Cometí la mayor estupidez de mi vida. Me alié con el peor demagogo de la historia...», se le atribuye. Quizá sea una declaración apócrifa, quizás nunca dijo esto o no con estas palabras. Pero desde luego refleja la verdad.

El líder de los «nacionalistas con casco», Düsterberg, escapó por los pelos a la Noche de los Cuchillos Largos de 1934, y acabó en un campo de concentración por haber criticado al Gobierno. Además era culpable de ser medio judío. Seldte, que se había pasado en cuerpo y alma a los nazis, siguió siendo ministro de Trabajo hasta el fin del Tercer Reich.

Von Papen, el aprendiz de brujo que hizo canciller a Hitler creyendo que lo engañaría, también se libró por poco de la Noche de los Cuchillos Largos. Se le atravesó a Hitler con el discurso que dio en Marburgo en junio de 1934, en el que condenó el «falso culto a la personalidad», el «fanatismo de los fanáticos doctrinarios», la intolerancia a cualquier crítica. Sus principales colaboradores, empezando por Edgar Jung, que había redactado el discurso, pagaron con la vida. En cambio, Von Papen logró hacerse perdonar y sobrevivir. Mantuvo una reunión aclaratoria con Hitler, del tipo «una llamada que te salva la vida», y fue disculpado. Tal vez porque el canciller no quería provocar al presidente de la República. Aunque era

mayor y estaba enfermo, Hindenburg tenía autoridad sobre el Ejército. Se rumoreaba de nuevo que declararía la ley marcial si Hitler no frenaba la violencia de las SA: Hitler mandó asesinar al líder de las SA, Röhm, y a todo su Estado Mayor, y se reservó a Von Papen. Este, destituido, siguió sirviéndole de rodillas como diplomático. Firmó, junto con el cardenal Pacelli, el Concordato entre la Alemania nazi y el Vaticano de Pío XI: en la práctica, la sentencia de muerte del Zentrum católico. Fue embajador en Viena para preparar el *Anschluss*, y después en Ankara para intentar arrastrar a Turquía a la guerra del lado de Alemania, pero fracasó. Acabó en el banquillo de los acusados en Núremberg. Pero no había perdido la costumbre de caer siempre de pie: fue absuelto y liberado en segunda instancia.

En el Gobierno que juró el cargo ese 30 de enero, los nazis estaban en visible minoría. Si bien era el primer partido, con un 33 por ciento del sufragio, se había conformado con solo dos ministros: Frick en Interior y Göring sin cartera (aunque en realidad era el ministro del Interior bis: días más tarde, como ministro del Interior de Prusia, asumiría el control de las fuerzas policiales de tres quintas partes de Alemania). Los más prepotentes fingían «humildad». La parte del león se la llevó el otro signatario principal del contrato de Gobierno, perdón, del pacto de Gobierno, el Partido Nacional Popular de Hugenberg. Con algo más del 8 por ciento, tenía el triple de ministros que los nacionalsocialistas. Acumulaba los ministerios de Economía, de Desarrollo y de Agricultura tanto del Reich como de Prusia. Sacaba oro de las reservas de consenso y clientelismo, se arrogaba el papel de *Wirtschaftsdiktator*, de zar de la economía. Los demás ministros, incluidos el de Defensa y el de Exteriores, eran «técnicos» afines al presidente. Von Papen, el católico de derechas que había fraguado toda la operación, conservó para sí el puesto de vicecanciller y de comisionado para Prusia. Hitler y Hugenberg sumaban 248 escaños de 584. Para tener mayoría habrían necesitado al menos 40 más. Por eso la lista de ministros estaba incompleta: habían dejado vacante el Ministerio de Justicia con la esperanza de incorporar también al moderado Zentrum católico de monseñor Ludwig Kaas, con 75 diputados. No lo consiguieron. Los

católicos no entraron en el Gobierno de Hitler, pero votaron la reforma constitucional que le permitió prescindir del Parlamento.

ESCENAS DE JÚBILo DESDE EL BALCÓN

La radio anunció el nombramiento de Hitler poco después de las 13.00. Seguidores extasiados y simples curiosos empezaron a agolparse en la Wilhelmstrasse, frente al imponente Kaiserhof, el principal y más emblemático hotel de Berlín. Allí tenía Hitler su residencia y oficina en la capital. Junto con su equipo y sus guardaespaldas ocupaba toda la planta superior. En la calle esperaban los vehículos de los noticiarios cinematográficos. Sonriente, Hitler salió al balcón para saludar a la exultante muchedumbre. No había micrófonos. No se ve el movimiento de los labios. Así que no podemos saber si dijo «lo hemos conseguido».

Ya había anochecido cuando —«a las ocho en punto», como señaló un diario local— comenzó el desfile oficial, con banderas y esvásticas, hombres de las SA y de las SS con uniformes y antorchas. Hitler se asomó a otro balcón o, mejor dicho, por una ventana: la de la Cancillería de la que había tomado posesión.

De ese día nos han llegado retratos suyos con chaqueta cruzada y corbata. No estamos acostumbrados a ver fotografías de Hitler vestido de civil. Las hay, pero él prefería aquellas en las que aparecía uniformado. El suyo era un traje de Führer, diseñado para él. Ni en el céñit de sus delirios de omnipotencia habría aceptado disfrazarse con un uniforme que no le correspondiera como, por ejemplo, el de oficial de la *Wehrmacht* o de la Policía del Estado.

«Un río de fuego, un río impetuoso, imparable, que en oleadas sucesivas, a paso de marcha y perfectamente alineado, atraviesa el centro de la ciudad, al son de cánticos guerreros y consignas». Un espectáculo impresionante, según el testimonio del embajador André François-Poncet, que lo presenció desde una de las ventanas de sus oficinas con vistas a la Pariser Platz. Impresionante, pero no exactamente tranquilizador. Coreaban *Heil Hitler!* pero también *Deutschland erwache!, Juda verrecke!*, «¡Despierta, Alemania!», «¡Muere, judío!». Entonaban la canción de Horst

Wessel, con especial énfasis en el verso que decía «Todo irá mejor cuando la sangre de los judíos gotee de los cuchillos». Pero ¿por qué tengo grabada en la retina la escena del balcón? ¿Por qué me parece haberla visto de nuevo hace poco?

Ya había adicción a las consignas sanguinarias, a las procesiones, a las manifestaciones y contramanifestaciones. La víspera, el domingo 29, se había celebrado una enorme concentración socialdemócrata en el Lustgarten, en la explanada que da a los museos. Incluso las calles de acceso estaban abarrotadas. Según los organizadores habían asistido 800.000 personas. Coreaban «Berlín seguirá siendo roja» en respuesta al lema nazi «Berlín es nuestra». El jueves anterior había sido el turno de los comunistas, que se habían reunido frente a su Karl-Liebknecht Haus, en la Bülowplatz. Fue una respuesta a la provocación del domingo previo, cuando una comitiva nazi se había dirigido a la misma plaza. Se habían producido enfrentamientos, con muertos y heridos.

Esto también era habitual. «Berlín vivía una guerra civil. El odio estallaba de pronto, sin previo aviso, a partir de incidentes aparentemente insignificantes. En las esquinas, en restaurantes, cines, salas de baile, piscinas; a medianoche, a mediodía, por la tarde. Se sacaban los cuchillos de repente: se golpeaban entre ellos, a puñetazos, con jarras de cerveza, con las patas de las sillas, con garrotes de plomo. Las balas rasgaban los anuncios de las columnas publicitarias, rebotaban en las cubiertas de hierro de los urinarios». La violencia estaba a la orden del día. De hecho, esa es precisamente la imagen que tenemos de la República de Weimar. Gracias a textos como este de Christopher Isherwood. Soy suficientemente mayor para haber vivido momentos que «se parecían» a esta vertiente del 33: el 68, los años de plomo, la estrategia de la tensión, los golpes de Estado militares para restablecer el orden: Chile 1973, Turquía 1980. Momentos que siguen dándose, pero no donde vivimos, no cerca de nosotros, no ahora. Al menos eso creía yo hasta que empecé a ver, sábado tras sábado, los altercados con los «chalecos amarillos» en Francia.

Cogió por sorpresa a casi todo el mundo. No se esperaban el nombramiento de Hitler. Los periódicos del primero de enero de 1933, es decir, de pocas semanas antes, destilaban confianza, un optimismo fatal. «Ha sido repelido el potente asalto nazi al Estado democrático», anunciaba en *Fin de Año* el *Frankfurter Zeitung*. «La República está a salvo», pregonaba el *Vossische Zeitung*, el diario más respetado de la ciudad. El católico *Kölnische Zeitung* destacaba que la mayoría ya estaba convencida de que Hitler no lograría alcanzar el poder. «Ascenso y caída de Hitler», titulaba el editorial de *Vorwärts*, el medio del Partido Socialdemócrata. «¿Hitler, qué Hitler?», bromeaba un artículo del *Berliner Tageblatt* sobre lo que los abuelos del mañana dirían a sus nietos.

En la izquierda, cada cual seguía con lo suyo. Los comunistas se metían con los socialdemócratas, y los socialdemócratas, con los comunistas. Discutían entre ellos y con los propios compañeros de partido. No había forma de que sacaran adelante una iniciativa común. Estaban de acuerdo en muy contadas cosas: en que un Gobierno de Hitler duraría tan poco tiempo como los gobiernos anteriores. Y respecto a los dos firmantes del pacto de Gobierno, ambos consideraban al «reaccionario» Hugenberg muchísimo más peligroso, con diferencia, que el populista Hitler.

«EL CARNAVAL DURARÁ POCO»

En la reunión de la dirigencia socialdemócrata convocada para el día 31, el portavoz del grupo parlamentario en el Reichstag, Rudolf Breitscheid, sostuvo que el objetivo del nuevo apagón entre «reaccionarios» y nazis no era un régimen fascista, sino una «dictadura del capital». Y que en cualquier caso, antes de conseguirlo, los firmantes «se despellejarían como saqueadores que se reparten el botín». Incluso a mediados de marzo, cuando ya resultaba obvio hacia dónde se encaminaban, el anciano y respetado Kautsky se mostraba convencido de que el carnaval de los «imbéciles ignorantes que solo saben disfrazarse de caballeros nórdicos» llegaría a su fin y que a Hitler pronto lo abandonarían sus partidarios, al darse cuenta de que ni sería capaz de mantener sus promesas demagógicas ni tenía intención de hacerlo.

«¡Alemania no es Italia, Berlín no es Roma, Hitler no es Mussolini!», proclamaba *Vorwärts*, el periódico del partido. A modo de eco, el columnista Theodor Wolff señalaba en el prestigioso *Frankfurter Zeitung*: «Quien crea que alguien puede imponer un régimen dictatorial a la nación alemana está muy equivocado [...] la propia diversidad del pueblo alemán hace imprescindible la democracia». El teólogo de la Universidad de Bonn, Karl Barth, que se había afiliado al Partido Socialista en señal de protesta contra la derecha, también se equivocaba de medio a medio: «Alemania es demasiado apática, no tiene el *élan vital*, el dinamismo necesario para instaurar un régimen como el de Mussolini». Incluso la Organización Central de Judíos Alemanes emitió un comunicado declarando que, aunque obviamente desconfiaban de Hitler, estaban seguros de que «nadie se atreverá a tocar nuestros derechos constitucionales».

N'importe quoi, como dicen los franceses. Una infinita antología de bobadas de gente seria, sabia, experta. Es de suponer que sabían lo que hacían. En cambio, cuanto más prestigiosos eran, menos acertaban. Resultaría divertido leer las intervenciones de los máximos dirigentes del Partido Socialdemócrata, si muchos de los que estaban convencidos de que Hitler sería un fenómeno pasajero luego no lo hubieran pagado trágicamente, en persona, en las cámaras de tortura, en los campos de concentración donde fueron recluidos «para su propia protección», perseguidos en Alemania y en el exilio, asesinados tras ser entregados a la Gestapo por el Gobierno de Vichy. En todo caso, la respuesta del Partido Comunista al nombramiento de Hitler fue demoledora: «Atraco descarado a los salarios, terror sin límites por parte de la peste parda asesina, ataque a los últimos derechos de las clases trabajadoras, carrera hacia la guerra imperialista: esto es lo que nos depara el futuro inmediato». Dogmático pero profético, podríamos decir.

A QUIÉN LE IMPORTA QUE CIERREN LOS DOMINGOS

Por lo demás, la vida en Berlín sigue como antes. La gente va al cine, llena las cervicerías, los restaurantes con música en directo, los locales gais, los cabarets. Bailan, flirtean, se divierten. El sindicalista norteamericano

Abraham Plotkin, enviado a Alemania para averiguar qué estaba ocurriendo, no se pierde ni una manifestación. Asiste incluso a las de los nazis. Quiere escuchar al otro bando. Intenta entablar una conversación con una mujer: «No hablo con judíos», lo corta ella, molesta. Plotkin no posee rasgos que sugieran que es judío. Emigró con su familia a Estados Unidos con solo ocho años, en 1901. Habla perfectamente alemán pero, como nació en Ucrania, tiene una entonación *yiddish*.

Sin embargo, su apunte del 28 de enero, dos días antes del nombramiento de Hitler, trata de otro asunto. Dado que es Carnaval, «la temporada de bailes de máscaras está en pleno apogeo». Lo llevan a un local que le recuerda al Jazz Palace de Broadway: tres salas enormes con una orquesta en cada una. Beben tres botellas de vino entre seis, se van a las tres de la madrugada, el baile sigue hasta las cinco. Al día siguiente, la cita es en la manifestación del Lustgarten, donde desfilan las milicias socialdemócratas, sindicales y católicas. Visten uniformes parecidos a los de los nazis, con el estandarte rojo, negro y dorado de la Reichsbanner.

También resulta curiosa la anotación del 22 de diciembre. Comenta que Berlín está en efervescencia por la campaña navideña. Todo marcha a las mil maravillas. Las tiendas de la Kurfürstendamm nunca habían estado tan concurridas. Por primera vez los comerciantes habían pedido permiso a las autoridades para abrir los domingos. Y los comunistas habían convocado manifestaciones para protestar por esta medida. «La lógica de esto se me escapa. Igual soy tonto, pero no veo qué ventaja les puede traer».

«LA SITUACIÓN POLÍTICA EN BERLÍN ES MUY ABURRIDA»

Resulta pasmosa la sensación generalizada de normalidad, como si lo que estaba ocurriendo fuera algo cotidiano. Klaus Mann, el atormentado hijo de Thomas, había estrenado el año asistiendo a la Gran Gala de inauguración del cabaret Pfeffermühle («molinillo de pimienta»), de su hermana Erika. La noticia de que Hitler era canciller le llegó cuando regresaba de una escapada de esquí. «Horror. No me parecía posible», anota en su diario. Luego, unos días después: «El Mago [así llamaban en la familia a Thomas Mann], más tranquilo de lo esperado respecto a la cuestión de Hitler [aunque] le inquieta descuidar sus conferencias sobre Wagner».

Los prodigiosos «chicos de Oxford», Wystan H. Auden, Christopher Isherwood y Stephen Spender, se cuentan entre los observadores más

atentos y sensibles de lo que ocurre en Berlín en esos momentos. *Adiós a Berlín* y *El señor Norris cambia de tren* son un auténtico filón. «La situación política es muy aburrida», escribió Isherwood a mediados de enero desde Berlín a su amigo Spender, de vuelta en Londres. «Sí, imagino que pasan muchas cosas entre bastidores, pero uno no siempre se da cuenta. Papen visita a Hindenburg, Hitler visita a Papen, Hitler y Papen visitan a Schleicher, Hugenberg visita a Hindenburg y descubre que está fuera de juego. Y así sucesivamente. Ya no se ve esa conciencia de crisis, ligeramente estimulante, en los gestos de los mendigos y los conductores de tranvía». Poco después, cuando Hitler toma el poder, pone al día a su amigo: «Tenemos un Gobierno nuevo con Charlie Chaplin y Papá Noel». Y algo más tarde anota: «Hitler ha formado Gobierno con Hugenberg. Nadie cree que lleguen a primavera».

La prensa internacional también tendía a restarle importancia al asunto. Abochornados por no haber previsto el nombramiento de Hitler, o por haberlo incluso descartado, se mostraban prudentes ante el giro de los acontecimientos. El diario estadounidense *The Nation* había considerado a Hitler como la expresión «teatral» de una protesta popular generalizada: «No hay queja que no recoja, no hay deseo que no prometa cumplir». Lo habían votado porque de cualquier forma «las cosas no podrían ir peor». La revista *Time* tiraba balones fuera y afirmaba que era difícil prever qué haría el Gobierno de Hitler. Había prometido un poco de todo a unos y otros, así que le costaría mantener su palabra; de hecho, tenía una buena excusa para no hacer nada de lo que había asegurado. «Ha adquirido tantos compromisos que es como si no hubiera adquirido ninguno». El *New York Times* tranquilizaba a sus lectores afirmando que en Alemania «todo sigue como antes». Habría seguido minimizándolo durante largo tiempo. Hubo incluso quien conjeturaba que los propietarios del diario, Adolph Ochs y su yerno, Arthur Sulzberger, ambos judíos, temían suscitar reacciones antisemitas si su medio parecía menos objetivo sobre Hitler que el resto. La mayor parte de los analistas, tanto en Alemania como en el extranjero, estaban convencidos de que era Von Papen quien había engatusado a Hitler,

y no a la inversa. Todos daban por sentado que era Hugenberg, y no Hitler, quien movía los hilos en el Gobierno.

CUANTO MÁS LISTOS, MÁS METEN LA PATA

Los observadores extranjeros no son los únicos que no comprenden lo que sucede. Tampoco los propios protagonistas lo hacen. La noche del 13 de enero, el canciller en funciones, el general Kurt Schleicher, invita a algunos periodistas a una cena informal. Estos, evidentemente, le inquieren sobre los nazis. Con una sonrisa y gesto despreocupado, él afirma: «Ya me encargaré de ellos. Pronto comerán de mi mano». Le preguntan si es posible que Hitler sea canciller. «¡Nunca jamás! Aparte, en lo más hondo de su alma, el propio Hitler no quiere para nada el cargo». El lector italiano comprenderá por qué pegoé un respiro cuando, pocos días antes de que Luigi Di Maio y Salvini cerraran las negociaciones para el nuevo ejecutivo tras las elecciones generales de 2018, oí a Matteo Renzi asegurar que ese Gobierno nunca se formaría, porque ya habían cambiado de idea, porque «en lo más hondo de su alma» no les apetecía asumir la responsabilidad de gobernar.

Cuanto más listos, peor. El más listo, ambicioso y brillante de todos era sin duda Von Papen. «Meteremos a Hitler en una jaula», le aseguró al recalcitrante Düsterberg en un intento de convencerlo de que se uniera al Gobierno. «¿Hitler? Lo tenemos en nómina», se jactó ante otro interlocutor. «Pero ¿qué quiere? Cuento con la confianza del presidente Hindenburg. Dentro de dos meses habremos arrinconado tanto a Hitler que romperá a llorar», fueron las famosas últimas palabras de Von Papen en respuesta a las objeciones de Von Kleist-Schmenzin, aristócrata y compañero de partido que, acusado de participar en el complot de Satuffenberg, sería decapitado en 1945, justo un mes antes de la rendición de Alemania.

2. Analogías y superstición

Breve nota sobre el porqué de este libro

Llegados a este punto le debo al lector una explicación del porqué de este libro. De un tiempo a esta parte casi no pasa un día sin que las noticias me produzcan una desagradable sensación de *déjà vu*. Leo la prensa, veo los telediarios, zapeo entre tertulias, escucho lo que dice la gente en los bares o en el autobús y me da la impresión de que todo esto ya lo he leído, ya lo he visto, ya lo he oído antes. Solo que en otro momento y en otro lugar.

No estoy seguro de que se trate de una alteración patológica. Ni de ser el único que la sufre. La percepción de haber vivido previamente situaciones del presente es un síndrome bastante extendido. De acuerdo a estudios recientes, dos de cada tres personas experimentan algún tipo de *déjà vu* o *déjà vécu*, «ya vivido» En determinadas circunstancias, imaginar que uno ya ha pasado por algo resulta tranquilizador. Pero en otras provoca ansiedad. Quizá no sea una obsesión individual, sino algo propio de nuestra especie. También podría tratarse de uno de esos mecanismos de defensa de los que dispone la mente humana. Tal vez un día se identifique en nuestro ADN el gen responsable de ello. En cualquier caso, constituye un fenómeno muy complejo que todavía no se acaba de entender. Los especialistas no se ponen de acuerdo y llegan a conclusiones dispares. Un neuropsiquiatra norteamericano contabilizó un total de setenta y dos explicaciones «científicas», veintidós de ellas propuestas en las tres últimas décadas.

Incluso suponiendo que se repita, lo cierto es que la historia nunca se repite de la misma forma. Entonces, ¿por qué revisar cómo hace más de noventa años Alemania se precipitó en el Tercer Reich sin apenas advertirlo, con despreocupación, distraídamente, en muchos casos con ilusión, incluso con cierta alegría? ¿Por qué reabrir un *cold case*, un expediente archivado y enterrado, una historia con sentencia en firme?

Nos la han contado muchas veces. De todas las maneras. Pero no por eso esta historia resulta conocida. Buscando en internet me topé con un fragmento de un viejo concurso de televisión, *L'Eredità*. Pregunta: ¿en qué año nombraron canciller a Adolf Hitler? Pueden escoger entre cuatro opciones: 1933, 1948, 1964 y 1974. La primera concursante responde 1948. El segundo, vacilante: 1964. La tercera, con gran seguridad: 1974. Queda una sola opción y es imposible equivocarse, de modo que la cuarta dice 1933, eso sí, con una sonrisa incómoda y tono dubitativo, como disculpándose por dar una respuesta absurda. Con la pregunta siguiente las cosas no van mejor: ¿en qué año se encontró el poeta Ezra Pound con Mussolini en el Palacio Chigi? La opción correcta vuelve a ser 1933, y todos los concursantes se equivocan de nuevo. No bromeo, se puede comprobar en YouTube. Los concursantes no son «plebe», son chicos normales y pulcros. Visten con sobriedad y elegancia. Se nota que tienen estudios, tal vez universitarios. Parecen jóvenes preparados que leen, van al cine y ven la televisión, de lo contrario no participarían en el concurso. Probablemente aprobaron el examen de Historia de la Selectividad (por entonces a nadie se le había ocurrido eliminarla del currículo, como ocurrió en Italia).

Había empezado a desenterrar ese pasado por superstición, para conjurar temores que consideraba irracionales. Y, sin embargo, al releer cómo terminó la democracia más dinámica y avanzada de la Europa de esa época, me topé con pistas inesperadas, datos que ignoraba o que había pasado por alto, similitudes y analogías a las que no había prestado atención. En medicina, el término «síndrome» designa a un conjunto de síntomas y señales que constituyen las causas concomitantes de una enfermedad o un proceso degenerativo. Nuestro mundo es muy diferente del de 1933. Pero comparte con él algunos síntomas, señales, procesos y actitudes que, aunque lejos de ser idénticos, tienen un aire de familia. Cuanto más indagaba, más reconocía a la víctima, la República de Weimar. Lo mismo me ocurría con sus asesinos. Y también había algo familiar en el *modus operandi*.

Creemos conocerlo todo sobre el desenlace. También creemos tener una idea de cómo se llegó hasta ahí: la gran crisis que siguió al crac del 29, la «guerra civil» entre comunistas y fascistas que desgarraba Europa, la violencia, la intimidación. Asusta descubrir que, al contrario de lo que imaginábamos, los sucesos se desarrollaron de manera banal, en un ambiente no muy diferente de la prosaica normalidad actual: a través de una interminable serie de elecciones, culminada en 1933.

Las crisis siempre se producen a cámara lenta. Pueden durar años. Las catástrofes siempre llegan de golpe, nos cogen desprevenidos. Ese 1933 todo sucedió deprisa, a un ritmo vertiginoso. En menos de un mes auparon a Hitler al poder, entre maniobras, intrigas, idas y venidas, señales y mensajes cifrados entre los protagonistas. Durante otro mes se celebraron nuevas elecciones y luego, como seguía sin haber una mayoría, se eliminó a la oposición con una ráfaga de decretos. Pocas semanas más duró la resistencia del Parlamento a darle a Hitler, con los necesarios dos tercios de los votos, plenos poderes, hurtando así toda capacidad de decisión a los diputados que habían avalado dicha medida.

Esta historia se cuenta aquí de una forma algo distinta de lo habitual. No hay nada inventado. No es ficción. Aunque no habría nada de malo en que lo fuera. Ya en los años veinte del siglo pasado la literatura (de Joseph Roth a Döblin, de Fallada a Tucholsky) explicó lo que ocurría mejor y con mayor profundidad que los académicos. No se pretende sustituir las innumerables investigaciones históricas publicadas, que se han tenido en cuenta, incluidas las más recientes. *Nullum est iam dictum, quod non dictum sit prius* : no se dice nada que no haya sido dicho, o publicado, me atrevo a añadir a Terencio. Este libro ofrece una selección sesgada, parcial: entre todos los hechos y temas, privilegia aquellos que pueden recordarle al lector acontecimientos, crónicas y polémicas contemporáneas. Las personas y los hechos retratados son completamente verdaderos, parafraseando la advertencia de las películas antiguas. Cualquier parecido con la actualidad es puramente intencionado. Personajes, dichos y sucesos del pasado evocan deliberadamente a personas, fórmulas y hechos de nuestra época. Aun así,

que no se moleste el lector en buscar correspondencias precisas, unívocas, especulares entre tal o cual individuo de entonces y uno de hoy. Quizá haya quien se reconozca en palabras, acciones y omisiones del pasado. Le permito ofenderse, pero no ilusionarse: aquellos villa nos son inigualables y pretender proyectarse en ellos equivale a hacer el ridículo.

Al menos, eso espero. No dejo de repetirme que la de 1933 es otra historia, una pesadilla de la que desde entonces nos hemos esforzado por despertar. Parecía que lo habíamos conseguido. Intento esperanzarme con el reconfortante aforismo, popularizado por Marx, de que la historia siempre se repite dos veces: la primera, como tragedia; la segunda, como farsa. Pero ¿y si no ocurriera así? ¿Y si se invirtiera el orden, se comenzara por la comedia y se acabara con la catástrofe, o en ambos casos se produjera como tragedia? (Esto es habitual, incluso el resultado más probable: sucedió con la Primera Guerra Mundial, pues solo dos décadas después estalló la Segunda.) Las pesadillas de ayer dan coletazos hacia el futuro. ¿Y si, de repente, una pesadilla de la que habíamos despertado hace tiempo, que apenas recordábamos, arremetiera mortalmente contra nosotros?

Desde luego, no estamos en 1933. Ni en 1929. Escribo estas líneas antes de la crisis de la Covid-19, de la guerra de Ucrania y del desastre de Gaza, cuando no ha habido ninguna catástrofe económica mundial. A pesar de los proteccionismos y los egoísmos nacionales, empeñados en tensar la cuerda. No se vislumbran en el horizonte ni guerras mundiales ni exterminios colectivos. Pero, francamente, también parecían inconcebibles en la Europa de los años treinta, del mismo modo que en la *belle époque* nada hacía presagiar la Gran Carnicería de 1914-1918. Aunque Europa está en crisis, no podemos afirmar que se rehúyan la libertad y la democracia. Ni siquiera en el ecosistema de Donald Trump.

Abundan los líderes indeseables aupados al poder por el voto popular. Creer que podemos exorcizarlos comparándolos con el Duce o el Führer es absurdo. No me gusta el recurso que el conservador Leo Strauss bautizó como *reductio ad hitlerum*. Además de falaz desde un punto de vista lógico e histórico, es contraproducente. Lo que no mata engorda, reza el refrán. Sin olvidar que, si gritamos «¡que viene el lobo!» demasiado a menudo,

corremos el riesgo de que nadie preste atención cuando aparezca. No temo a los cuatro imbéciles que glorifican el pasado fascista o el nazi, pero sí un poco a aquellos que fingen no saber lo que dicen ni lo que hacen, los del «No me refería a...», «¿Fascista yo?». Lo que me preocupa es esa especie de compulsión de repetición involuntaria, la reaparición de dinámicas y mecanismos que condujeron a la Alemania de Weimar, y con ella a toda Europa, hacia el desastre.

Me asusta un presente que imita al pasado ciegamente, sin querer, quizá sin darse cuenta. Por eso me he dedicado a buscar analogías. No como instrumento de polémica o de propaganda, sino como herramienta de comprensión. Por definición, las analogías son imperfectas y en algunos casos superficiales. A veces conducen a equívocos. Y sin embargo no podemos prescindir de ellas: la mente humana funciona por analogías. Sin ellas nuestra especie no sobreviviría. Han posibilitado el progreso de la lógica y de la ciencia. Siempre se han revelado como una herramienta muy potente para comprender y para discernir a fin de constatar, por ejemplo, que no todos los gatos son pardos.

3. Europa, repita 33

Simenon ejerce de reportero en una Europa al borde del ataque de nervios, envilecida, cansada de democracia y libertad, temerosa de una invasión de refugiados. Se encuentra con Hitler en el ascensor del Kaiserhof. Su periódico publica la foto de un asesino en serie con bigote que se parece al nuevo canciller. Alemania, obsesionada con los crímenes de trasfondo sexual, hace realidad el «sueño colectivo de la humanidad».

A principios de 1933, Georges Simenon, que acaba de publicar las dos primeras novelas protagonizadas por el comisario Maigret, emprende un largo viaje por la Europa en crisis. Lo relatará en una serie de reportajes para *Voilà*, el semanario ilustrado fundado por Gaston Gallimard. La serie se titula «Europa 33». «Europa está enferma. El médico se inclina, acerca el oído al corazón del paciente: “Repita 33”. Y el paciente repite: 33, 33, 33... El rostro del médico trasciende preocupación».

Comienza el viaje en su Bélgica nevada, en cuyo Parlamento se discute sobre «cómo realizar un control eficaz de las fronteras, en relación con Francia, con la que comparte el problema». En Bruselas, «la gente se había echado a la calle el año anterior. Descontentos, extremistas, comunistas...». Simenon les comenta a sus interlocutores belgas que en París hay manifestaciones contra la subida de impuestos. «Vosotros los franceses, siempre perdidos en discusiones inútiles», le responden.

Sin novedad en el frente oriental. Varsovia también está nevada. Los polacos son unos exagerados, unos fanáticos. Simenon intenta conducir una discusión hacia «los equilibrios de Europa en 1933», y el interlocutor, impertérrito, le cuenta por enésima vez, «mientras vacía el décimo vaso de vodka», las desgracias sufridas bajo la ocupación rusa. En Polonia no solo se la tienen jurada a los rusos y a los alemanes: también al resto de Europa, que no comprende cuánto han padecido. «¡Lo entenderían si hubieran soportado ciento cincuenta años de esclavitud!»

El viaje lo llevará asimismo a Alemania, los países nórdicos, Austria, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía... Un empacho de países del Pacto de Visegrado, podríamos decir. Después cruzó el Mar Negro hacia Ucrania, Rusia, a Batumi (donde recabará material para *Los vecinos de enfrente*), y finalmente a Turquía, a Estambul y Ankara (que le proporcionarán ideas para *Los clientes del Avrenos*). Desde el puente de Gálata en Constantinopla (hace unos años que la ciudad ha adoptado su nombre turco, *Istanbul*, pero Simenon sigue llamándola así en el reportaje) toma un ferri para ir a entrevistarse con Trotski, exiliado en la pequeña isla de Prinkipos.

Conversan sobre Hitler, fascismos, dictaduras y democracias en Europa. Trotski considera inevitable que las cosas vayan de mal en peor. Para explicárselo al entrevistador recurre a una imagen mecanicista: «Por analogía con la electrotecnia, se podría definir la democracia como un sistema de interruptores y aisladores para resistir los picos de tensión en los conflictos nacionales o sociales [...] Si las tensiones y los conflictos de clase son excesivos, los interruptores y los fusibles se funden, se desintegran. [...] El cortocircuito conduce a la dictadura».

Cuando le pregunta si cree que va a haber una evolución gradual o es más probable que se produzca una commoción violenta, la respuesta dista mucho de la ofrecida por la mayor parte de los analistas —tanto alemanes como del resto del mundo— tras el ascenso de Hitler: «El fascismo, en particular el fascismo alemán, implica un indiscutible peligro de guerra en Europa. Puede que me equivoque, ahora estoy muy aislado de todo, pero me temo que no somos conscientes de la magnitud de esta amenaza. Con una perspectiva no de meses, sino de años —en ningún caso de décadas—, considero absolutamente inevitable que la Alemania fascista provoque un estallido bélico». Afirma esto en 1933. Casi una profecía. La invasión de Polonia desencadenaría la guerra contra Francia e Inglaterra en septiembre de 1939, y la Operación Barbarroja, contra la Unión Soviética, se lanzaría en junio de 1941.

La Europa surgida de la Gran Guerra constaba de veintiocho Estados independientes. Más o menos los que conforman la actual Unión Europea. Con problemas, reprimisiones, fracturas políticas y étnicas en su seno,

divisiones en bloques opuestos parecidos a los de hoy. Especialmente en el Este. Muchos eran Estados de nuevo cuño, nacidos del hundimiento de los odiados imperios autocráticos y multinacionales (que reprimían brutalmente los nacionalismos pero consentían e incluso imponían la convivencia entre naciones, etnias y religiones). Ya en 1920, veintiséis de los veintiocho Estados tenían parlamentos elegidos democráticamente, una gran pluralidad de partidos y gobiernos constitucionales, y el almirante Horthy había reemplazado la fallida «dictadura del proletariado» de Béla Kun, aun respetando el Parlamento y la Constitución. Desde luego, la Unión Soviética nacida de la Revolución de Lenin no era una democracia parlamentaria. En 1922 se había producido la Marcha sobre Roma de Benito Mussolini. El mariscal Pilsudski se había adueñado de Polonia. En 1932, Austria había caído en manos de la extrema derecha de Dollfuss. También habían derivado en sistemas autoritarios, uno tras otro, los pequeños países bálticos: Lituania con Smetona en 1926, Letonia y Estonia en 1934 con Ulmanis y Päts respectivamente. En los Balcanes, Ahmet Zogu se había autoproclamado rey Zog I de Albania en 1928, y un año después había tomado el control de Yugoslavia el rey Alejandro; en Bulgaria, el rey Boris asumiría plenos poderes en 1934, y en Rumanía el rey Carol prescindiría del Parlamento a partir de 1938. A su vez, desde 1936 la Grecia de Metaxas se articularía a imitación del régimen nazi. En España, Primo de Rivera había ejercido su dictadura personal de 1923 a 1930 (seguida por la de Francisco Franco tras la breve y trágica experiencia de la Segunda República). En Portugal, la dictadura de António Salazar duraría desde 1932 hasta la Revolución de los Claveles, de 1974. Así, en 1938 quedaba apenas una docena democracias europeas, todas amenazadas por estallidos de populismo fomentados en parte por una especie de «internacional ultranacionalista». Francia y la propia Inglaterra estuvieron en un tris de sucumbir, sacudidas por movimientos antisistema, antisemitas y antiinmigración, anticapitalistas y anticorrupción, o incluso abiertamente filofascistas, que atraían la simpatía, la militancia y el apoyo electoral tanto de la derecha como de la izquierda. Francia se libró gracias al vuelco de las elecciones de 1936, que llevaron al poder al Frente Popular. Inglaterra,

gracias a que Eduardo VIII, simpatizante de Hitler, se vio obligado a abdicar por su desaprobado matrimonio con la norteamericana Wallis Simpson, divorciada dos veces. En Estados Unidos evitaron por los pelos tener un presidente tipo Trump. En 1932 fue elegido el demócrata Franklin Delano Roosevelt.

EN EL ASCENSOR CON HITLER

En Berlín, Simenon se encuentra a Hitler en un ascensor del Kaiserhof. «Lo vi, al Mesías, unos diez días antes de las elecciones, mientras subía a su piso. Nos alojábamos en el mismo hotel [...] Nevaba. Era un día gris...» No puede entrevistarlo, sus guardaespaldas mantienen alejados a los curiosos. O quizá ni siquiera coincide con él. No nos pondremos quisquillosos: es un gran escritor y a los grandes escritores se les permite inventar. Pero también es periodista. Recoge los rumores: «Una noche [los nazis] se reunieron en un gran consejo y decidieron que antes de las elecciones necesitaban una excusa para amordazar a los comunistas. Hitler propuso que fingieran un atentado contra él para galvanizar a sus tropas. Goebbels lo disuadió, diciendo que con un falso atentado corrían el riesgo de que a alguien se le ocurriera organizar uno real. De modo que optaron por el Reichstag». Un poco novelesco, pero tal vez no muy alejado de la verdad. Le sigue el típico desahogo de periodista contra su propio medio: «Faltaba una semana para los comicios, que debían celebrarse el sábado. Teleografié la noticia a París para el diario vespertino. No se atrevieron a publicarla».

Los titulares de los periódicos europeos («Miseria en Alemania», «Terror en Alemania») indignan a Simenon. Quizá la tiene tomada con Mac Orlan, el autor de *El muelle de las brumas*, la novela que Marcel Carné llevó al cine con el mismo título. Orlan había publicado en *Paris-Soir* reportajes sobre la pobreza en Berlín reunidos posteriormente en un libro ilustrado por Grosz. Desde luego, no previó el terror absoluto que los escuadrones nazis, alistados en masa en la Policía del Reich, ejercerían poco después contra comunistas, judíos y todos los demás adversarios, incluidos sus socios de Gobierno. No era el único: en esos días, también una

militante obrera como Simone Weil escribió a sus padres que Berlín era la ciudad más tranquila del mundo, que se hallaba en compás de espera.

Simenon se burla de los editoriales que aseguran que «es imposible que se imponga el partido de la violencia», de las contradictorias interpretaciones del fenómeno Hitler: «¡Es el hombre de paja de Papen!», «¡Es el hombre de paja del Príncipe de la Corona!», «¡Es el hombre de paja de Hugenberg!», «¡Es un fantoche!», «¡Es el nuevo Siegfried!».

Se aventura a ofrecer una explicación: «¿El Gobierno? ¿El socialismo? ¿El bolchevismo? ¿La política internacional?» Qué va. El mito de Hitler se alimenta de la depravación sexual. «Apresan por la calle a chicos y chicas de dieciséis o diecisiete años para organizar orgías. Un chico fue asesinado por su hermano en un ataque de celos. El carnícola Haarmann descuartizaba a sus pequeñas víctimas después de violarlas. Y luego está el maníaco sexual de Düsseldorf...».

Se refiere a Fritz Haarmann, también llamado el «vampiro de Hannover», una conocidísima figura del mundo del crimen. Atraía a niños sin hogar en los alrededores de las estaciones de tren. Los mataba mordiéndoles la garganta en el frenesí del acto sexual. Luego los mutilaba. Durante el juicio, que el público siguió con morbosa atención a los detalles, se extendió el rumor de que había vendido la carne de sus víctimas en el mercado negro, haciéndola pasar por carne de cerdo. Esto nunca se demostró, igual que nunca se pudo determinar si las víctimas habían sido veinticuatro, veintisiete o un número mayor aún. Había sido ejecutado en 1925, pero todavía se hablaba de él. Más reciente era el caso de Peter Kürten, que prefería violar y asesinar a niñas preadolescentes. Las forzaba, las degollaba con un cuchillo o unas tijeras y luego se bebía su sangre. Se le atribuyeron más de treinta asesinatos cometidos entre 1929 y 1930. Al parecer, fue él mismo quien puso a la Policía tras su pista, como suele ocurrir en la serie *Mentes criminales*. Fue arrestado en mayo de 1930 y decapitado en julio de 1931 después de un juicio con abundante morbo. Entre la detención y la ejecución de Kürten se celebraron las elecciones al Reichstag de 1930, en las que el partido de Hitler triunfó por primera vez.

Volvamos al reportaje de Simenon. «¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Las orgías, el nudismo, la usura, el freudismo, los chiquillos y las chiquillas, la locura y el frenesí, la heroína, la cocaína, y quién sabe qué más... Pues bien, unas cuantas decenas de miles de alemanes creen que todo esto se ha acabado, que han recuperado el equilibrio [...] Hitler los ha encarrilado». Simenon omite un dato: que, para los nazis, el libertino, el maníaco sexual, el asesino en serie, el pervertido, el corruptor de menores es, por definición, el judío. «Pensad en Berlín, observad la Friedrich strasse. Allí veréis pasar a un chico judío tras otro agarrado a una joven alemana. Y recordad que, cada noche, miles y miles de hermanas de nuestra sangre se contaminan, se pierden en un instante, y con ellas perdemos también a nuestros hijos y nuestros nietos...» ¿Quién dijo eso? ¿Quién es este demente? Lo han adivinado: nada menos que Hitler, en el discurso pronunciado con motivo de la refundación del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán el 25 de febrero de 1925, ocho años antes de que lo nombraran canciller.

LA FOTO DEL MONSTRUO EN LA PRENSA

Los artículos de Simenon sobre Alemania iban ilustrados con fotografías. Una de ellas mostraba un hombre con bigotito hitleriano. «No es Hitler, pero se le parece. Se trata de Kürten, el vampiro de Düsseldorf», a saber, «un psicópata, un asesino en serie que ha matado a muchas mujeres y bebido su sangre», rezaba el pie de foto. ¿Análisis político? ¿Una especie de profecía de los horrores futuros? ¿O una simple observación de la extraña fascinación que sentía la Alemania de entonces por los crímenes truculentos, y en especial por los cometidos contra mujeres?

La Inglaterra victoriana creó a Jack el Destripador. En París seguían la senda de Sade y Lautréamont. Sin embargo, fueron los alemanes quienes se aplicaron con mayor empeño al *Lustmord*, al crimen sexual. *Mörder, Hoffnung der Frauen* («El asesino, la esperanza de las mujeres») es el título del drama en un acto que Oskar Kokoschka escribió todavía en la *belle époque*. Podría servir de leyenda para muchas de sus pinturas. Por su parte, en sus elegantes *Paseantes* y sus desnudos en prostíbulos del Berlín anterior a la Gran Guerra, Kirchner retrata a jóvenes libres, desinhibidas y seguras de sí mismas. Saben muy bien lo que hacen y parecen llevar la voz cantante. No obstante, se sobreentiende que acabarán siendo víctimas, sacrificadas por la «modernidad».

Repletas de mujeres torturadas, destripadas, mutiladas, las obras de los expresionistas alemanes rezuman sangre. En las novelas-*collage* surrealistas de Marx Ernst abundan las figuras femeninas perforadas, maltratadas, torturadas por pesadillas con cabeza de pájaro. Los cuerpos femeninos martirizados y eviscerados también abundan en la obra de Otto Dix, que, en su *Asesino sexual: autorretrato*, de 1920, se muestra vestido de payaso, descuartizando a una mujer y esparciendo sus miembros. No es el único que se identifica con el asesino y no con la víctima. George Grosz pintó *Autorretrato con Eva Peter en el estudio del artista* en 1918. La modelo posa frente a un espejo y por detrás de este aparece el autor empuñando una afilada daga, a punto de atacarla. Es uno de los numerosos cuadros que Grosz dedica al *Frauenmörder*, al feminicidio. Él y la bella Eva se casarían poco después. Salvaron la vida zarpando hacia América a mediados de enero de 1933. *Autorretrato...* acabaría entre las obras tildadas de «arte degenerado» por los nazis y se perdió: solo se conserva una fotografía en blanco y negro.

El tema también atraviesa obsesivamente la literatura y el cine. La Lulú concebida por Wedekind a finales del siglo XIX e interpretada por Louise Brooks en *La caja de Pandora*, dirigida por Pabst en 1929, termina despedazada por un maníaco con el que está a punto de prostituirse. De 1931 es *M, el vampiro de Düsseldorf*, de Fritz Lang, con un insuperable Peter Lorre en el papel del infanticida, al que buscan tanto la Policía como las bandas criminales del barrio, porque el Monstruo interfiere en sus negocios. Los delincuentes lo atrapan primero; será juzgado por un tribunal de ladrones, prostitutas y asesinos. En la misma época en que la novela policíaca americana creaba a los detectives estrictamente privados e irreductiblemente individualistas, la imaginación de Lang anticipaba la histeria colectiva, la delación en masa, la persecución de los judíos y de todos los señalados como monstruos por el régimen. «He visto la película *M* de Lang. ¡Fantástica! Contra la basura humanitaria. ¡A favor de la pena de muerte! Algún día Lang será uno de los nuestros», anotó Goebbels el 21 de mayo de 1931.

Más adelante Lang contó que en 1933, ya como ministro de Propaganda, Goebbels lo llamó para ofrecerle que dirigiera la industria cinematográfica alemana. Él objetó: «Pero ¡si soy judío!», a lo que Goebbels replicó: «¡No se haga el tonto, señor Lang! Aquí somos nosotros los que decidimos quién es judío y quién no». Y Lang salió disparado hacia la estación de tren para huir al exilio. Esto último es probablemente una invención posterior del gran director, que tenía imaginación para dar y tomar.

Uno de los personajes clave de *El hombre sin atributos*, de Musil, es el asesino Moosbrugger.

Había asesinado a una mujer, una prostituta de bajísima estofa, de forma espantosa. Los cronistas habían descrito minuciosamente una herida en el cuello que iba de la garganta a la nuca, dos heridas en el pecho que atravesaban el corazón, dos en el lado derecho de la espalda y las incisiones en los senos, prácticamente amputados; expresaban, sí, toda su execración, pero no renunciaban a enumerar también las treinta y cinco cuchilladas en el vientre y el corte que se extendía desde el ombligo casi hasta la columna vertebral, mientras que el cuello mostraba signos de estrangulamiento.

«Si la humanidad pudiera soñar colectivamente, ese sueño sería Moosbrugger», reflexiona Ulrich, el protagonista, en la primera parte de la novela. Que, casualmente, vio la luz en 1933. Todavía no era posible saberlo, pero el sueño estaba haciéndose realidad.

UNO, CIEN, MIL DELITOS DE INMIGRANTES

Día sí y día también, la prensa —no solo los tabloides, también los periódicos «serios»— recogía sucesos horripilantes, de mujeres descuartizadas y despedazadas. Con sádica insistencia en los detalles. Era machacante, casi como un episodio del programa de investigación de crímenes y misterios *Chi l'ha visto?* que vemos en la televisión italiana, similar a aquel *Quién sabe dónde*, de la española. O como el incesante bombardeo mediático que provocó en nuestro país el caso de Pamela Mastropietro, la joven descuartizada por un traficante nigeriano en 2018. ¿Guarda esa morbosidad relación con el ascenso de Hitler? ¿Constituye un síntoma del miedo y la inseguridad colectiva y generalizada que reinaban en

Alemania y que propiciaron el clamor por un «hombre fuerte»? Quizá ese horror con todo lujo de detalles que ofrecían las noticias fuera lo que buscaban los lectores, respondiera a los gustos y la demanda del público. De lo contrario no se explicaría que, desde los años veinte hasta el fin de la República de Weimar, los diarios berlineses (también, o especialmente, los de la esfera demócrata-liberal) cubrieran la crónica judicial mucho más que la política.

El interés era proporcional a la duración y la cobertura mediática de los procesos. En 1924, poco después de la condena de Haarmann, había sido arrestado en Münsterberg, en la Prusia oriental, otro asesino en serie, Karl Denke, que se suicidó en la cárcel. Mataba y despedazaba con un hacha a los vagabundos que llamaban a su puerta. Solo tras su muerte los investigadores se molestaron en registrar su casa. Allí descubrieron cientos de fragmentos de huesos, carne en salmuera y tarros de grasa, todos humanos. El asesino caníbal había registrado minuciosamente en un cuaderno el nombre de treinta y una de sus víctimas. Como no hubo juicio, mereció mucha menos atención que los casos Haarmann y Kürten. El influyente y prestigioso *Frankfurter Zeitung* sacó a colación la crisis económica, conjeturando que Denke había recurrido al canibalismo para sobrevivir porque lo había arruinado la inflación.

La actitud de la prensa variaba según la orientación política. El periódico comunista *Rote Fahne* («Bandera Roja») se pronunció en contra de la pena capital para el «vampiro» Haarmann argumentando que, en el fondo, el asesino solo había hecho a pequeña escala lo que «el Estado capitalista» ejecuta masivamente: masacrar a inocentes. No se trataba de una actitud aislada o extrema: entre los intelectuales de la época de Weimar resultaba habitual considerar a los criminales «víctimas de su entorno», «chivos expiatorios de una sociedad hipócrita». Hasta en los casos de asesinos, incluidos los asesinos en serie, las crónicas judiciales buscaban explicaciones sociales, atribuían los estallidos de furia homicida a «fatales concatenaciones de circunstancias» o a la guerra, la inflación y la injusticia. Prestaban atención a los traumas y las humillaciones que los acusados

habían sufrido en la infancia y a lo largo de su turbulenta vida. Los psicoanalizaban.

Lo mismo ocurría en los periódicos de derechas. Daniel Siemens, un historiador alemán que ha revisado todas las crónicas judiciales aparecidas en la prensa berlinesa entre 1919 y 1933, señala que Alfred Karrasch, redactor del *Berliner Lokal-Anzeiger*, que formaba parte del imperio mediático de Hugenberg, siempre mostraba simpatía por los acusados, a excepción de los «comunistas». Nunca los llamaba delincuentes, sino «desahuciados», «desgraciados», «payasos trágicos» o «víctimas del destino». No era simpatizante de la izquierda, ni siquiera del ala moderada: en 1932 se afilió al Partido Nazi. Pero, al igual que sus colegas de los medios liberales, expresaba sentimientos de piedad y pedía clemencia para esos malhechores a quienes los periodistas parecían querer justificar o defender en cierto modo. Muchos los acusaron de posicionarse más a favor de los delincuentes que de sus víctimas, de las que hablaban poco o nada.

La reacción fue violenta. Hubo quien, como Ernst Jünger, tachó de «rayano en la perversidad» ese exceso de «humanidad» de los cronistas. Los diarios de derechas cargaban contra la «confusión moral», la laxitud, la condescendencia culpable hacia los criminales. Apelaban a la tolerancia cero, el puño de hierro. No era necesario que nadie reclamara la castración para los delitos sexuales: ya existía. En *El bebedor*, la novela autobiográfica póstuma de Hans Fallada, el protagonista comparte celda con un violador múltiple al que le habían ofrecido la libertad a cambio de la castración química. Él había aceptado, pero más tarde un cambio de parecer de los jueces lo mantiene entre rejas. En cambio, el objetivo declarado de los nazis era «el exterminio de los criminales profesionales», en palabras de Kurt Daluege, futuro comandante en jefe de la Policía del Reich. Del extermino de criminales al exterminio por razones raciales había apenas un paso. Entre otras cosas porque ambas categorías acabaron superponiéndose. Que todas las grandes firmas «bienhechoras», «humanitarias» de la crónica judicial tuvieran apellido judío se convirtió en un agravante.

4. Judíos, es decir, inmigrantes

Venían del Este. Huían de las guerras, las matanzas y la pobreza. En las fantasías alimentadas por la prensa eran ladrones, asesinos y violadores. Una de las primeras medidas del nuevo Gobierno fue un «Decreto de Inmigración» que impedía la llegada de más judíos. Los nazis no tenían reparos en pasar por «malos». De hecho, era importante para ellos. Sobre todo porque el odio a los inmigrantes iba de la mano del odio a las élites.

¿Quiénes eran los *Ost-Juden*, los judíos orientales? Según los describe Joseph Roth en *Judíos errantes*, publicado en 1927 por la editorial berlinesa Die Schmiede, son gente que desea «abandonar ese país donde cada año puede estallar una guerra y cada semana un pogromo»; personas que «emigran a pie, en tren o por mar a países occidentales donde los espera un nuevo gueto, quizá algo mejor pero no menos inhumano, preparado para acoger en sus tinieblas a los nuevos huéspedes que han escapado semivivos de las vejaciones de los campos de concentración». El judío llegado del Este es el eterno emigrante, el refugiado de todos los tiempos, incluido el nuestro. Es el eterno engañado, que «nada sabe de la injusticia de Occidente, nada del poder que ejercen los prejuicios sobre los modos, las acciones, las costumbres y las ideas del europeo occidental medio; nada de la angostura del horizonte occidental, circundado por centrales eléctricas y perforado por chimeneas... [que no sabe] nada del odio, ya tan fuerte que se lo protege celosamente como un arma de supervivencia (mientras arrebata la vida), como si fuera un fuego eterno al que se calienta el egoísmo de cada individuo y de cada país». «Para el judío oriental, Occidente es la libertad, la oportunidad de trabajar y de expresar el propio talento, es la justicia...» Pero no sabe lo que le espera.

El judío oriental «vive con el miedo encima», «solo tiene obligaciones y ningún derecho, salvo los que figuran en un pedazo de papel que, como ya se sabe, no garantiza nada», «los periódicos, los libros y los emigrantes

optimistas le han hecho creer que Occidente sería un paraíso...». No siempre tiene un oficio. En su mayoría «recorren el mundo como mendigos y vendedores ambulantes». Como los manteros de hoy. Los desprecia todo el mundo. En especial los judíos que ya se han establecido y «se han convertido en judíos occidentales, o más bien en europeos occidentales».

Ni siquiera desean necesariamente quedarse en Alemania. En Berlín hay un barrio judío, pero es solo una «estación de tránsito». Allí recalan «emigrantes que quieren irse a América vía Hamburgo y Ámsterdam». O a París, donde, aunque no faltan los antisemitas «de l'Action Française», de la derecha xenófoba, al menos «pueden vivir como quieren» y sus hijos, si «han nacido en París, pueden obtener la ciudadanía francesa». «Entre los judíos orientales que residen en Berlín también hay delincuentes. Corredores de Bolsa, expertos en estafas matrimoniales, charlatanes, falsificadores de billetes, los que especulan con la inflación...» Independientemente del país al que haya emigrado, todo judío oriental está obsesionado con los documentos, y únicamente puede «liberarse del conflicto “papeles sí, papeles no” enfrentándose a la sociedad por medios ilegales. En la mayor parte de los casos, el delincuente judío-oriental ya era un delincuente en su tierra. Llega a Alemania sin documentos o con documentos falsos. No se presenta en comisaría».

¿Acaso no se siente cierto *déjà écoute* al leer a Roth? El judío es un extranjero, un inmigrado. Los migrantes son delincuentes. Por tanto, los judíos son delincuentes. Todos los judíos son criminales. Este silogismo condujo al exterminio. En la actualidad, basta con sustituir «judíos» por «migrantes ilegales», o simplemente «migrantes», indeseables por definición. Los extranjeros nos detestan. Los judíos (o los musulmanes, los mexicanos, cualesquiera que nos la tengan jurada en Europa o en el resto del mundo) son extranjeros. Por tanto, nos detestan. Los judíos (o migrantes) también son delincuentes, ladrones, peristas, proxenetas, seductores de inocentes jovencitas, portadores de enfermedades, camellos, saboteadores de la economía nacional, obsesos sexuales, asesinos y, por supuesto, terroristas.

EL «DECRETO DE INMIGRACIÓN»

Una de las primeras medidas del ministro del Interior del Gobierno de Hitler, Wilhelm Frick, fue cerrarles las puertas a los inmigrantes. Con «inmigrantes» se referían principalmente a los judíos. Habían llegado por millones a Alemania desde el Este, desde Rusia y Polonia. Habían huido en oleadas —primero de los pogromos zaristas, luego de la Gran Guerra y de la guerra civil rusa— y también continuamente, escapando del hambre de los *shtetl*, los pueblos-gueto. Habían entrado por tierra. Muchos ni siquiera deseaban quedarse, solo soñaban con zarpar hacia América o costas aún más lejanas. La ordenanza del Ministerio del Interior imponía a todos los *Länder*, en especial a los que seguían acogiendo a inmigrantes, lo siguiente: 1) prohibir toda entrada de judíos orientales; 2) expulsar a los judíos orientales que carecieran de permiso de residencia; 3) suspender la naturalización de los judíos orientales. Poco después se decidió retirarles la nacionalidad alemana a cuantos la habían obtenido entre el fin de la Primera Guerra Mundial y el 30 de enero de 1933.

La obsesión por la avalancha de refugiados e inmigrantes iba de la mano de la psicosis de que en cada esquina se ocultaba un asesino, un violador o un ladrón. La propaganda nazi la orientaba hacia un objetivo muy concreto: los judíos del Este, refugiados que, «extraños» a un conjunto de la nación por lo demás feliz y compacto, inoculaban en esta corrupción, libertinaje, delincuencia, terrorismo, infecciones, enfermedades. Un magnífico ejemplo de esta clase de propaganda es el documental *El judío eterno*, producido en 1940. Se servía de datos, tablas, animaciones, superposiciones de imágenes de emigrantes harapientos y ratas inmundas brotando de barcazas para ilustrar «científicamente» lo perniciosa que era la invasión de Europa por parte de una raza extranjera proveniente de Oriente Próximo. Se encuentra fácilmente en internet. A mí me provoca un *déjà vu*. Ver para creer. Sin embargo, le hablaban a un público ya convencido: debe existir una fuerte predisposición, un prejuicio enraizado, para despertar un apoyo tan amplio y entusiasta al odio contra los diferentes.

Resultaba evidente que no se limitarían a cerrar puertos y fronteras a los indeseables. También era necesario desembarazarse de los que ya habían entrado, que quizás llevaban generaciones acechando. Hasta 1933, más del 80 por ciento de los judíos que vivían en Alemania poseían la nacionalidad. Se sentían alemanes de pleno derecho y orgullosos de ello. Se habían integrado. Solían considerar que no tenían nada que ver con los miserables que seguían llegando del Este. Su patria era Alemania. Algunos habían combatido con honor, se habían distinguido en la Gran Guerra, lucían medallas y también cicatrices como prueba de lealtad a la que consideraban

su nación. Muchos habían prosperado, ejercían profesiones prestigiosas, eran profesores, médicos, abogados, jueces, científicos, en ciertos casos incluso de fama internacional. No estaban en absoluto marginados: al contrario, eran miembros indiscutibles de la élite.

Con todo, nada los eximiría del desprecio, la expulsión y, finalmente, el exterminio. Claro que habría quien objetara que «hay judíos decentes». Como quienes hoy en día, en un alarde de bondad, se dignan reconocer que hay «migrantes decentes», «musulmanes decentes», etcétera. ¿Cuántas veces lo hemos oído incluso de gente a la que no le gustan los inmigrantes? En el panfleto que redactó en 1930 un alto funcionario simpatizante de los nacionalsocialistas iba al grano con un argumento irrefutable: «Sí, quizá. Pero si uno duerme en una cama de hotel llena de chinches, no le pregunta a cada chinche: ¿eres una chinche decente o sinvergüenza? La aplasta y punto».

«SE ACABÓ LA FIESTA»

Tras el Decreto de Inmigración se desencadenó la que denominaron, con lenguaje militar, la «guerra contra la delincuencia». Se sucedieron detenciones y redadas para «meter a los delincuentes en la cárcel». «A partir de ahora, mano dura», rezaban los titulares. La persecución de criminales —etiqueta que no solo los adversarios políticos merecían— había empezado enseguida, incluso antes del incendio del Reichstag y de la promulgación de las leyes especiales «para la seguridad del Reich». Se había autorizado inmediatamente a la Policía a efectuar «detenciones preventivas» a fin de luchar contra los comunistas. Esta medida se fundamentaba en la práctica de la «prisión preventiva» prevista en casos especiales para proteger a un sospechoso de un posible linchamiento. Se convirtió en la norma general por la que se podía arrestar a cualquier persona, enviarla a un destino arbitrario sin la autorización de un magistrado, y retenerla indefinidamente sin que mediara un juicio.

Fue en 1933 cuando se crearon los primeros campos de concentración, asignados a las SS de Himmler. Al principio recluían a comunistas y opositores. La práctica se extendió a ladronzuelos, buscavidas y estafadores. Luego, a inmigrantes ilegales, mendigos, vagabundos, a personas que por algún motivo no tenían hogar. A continuación, a «holgazanes», «inútiles», «parásitos» y «vándalos». Finalmente, a los homosexuales, los gitanos, los romaníes y los sinti, a los que inicialmente habían encerrado en sus propios campamentos. Como se ve, el catálogo de

indeseables sigue siendo más o menos el mismo. Se animaba a los ciudadanos a señalarlos y denunciarlos a la Policía, a no dejarse conmover y, si los asaltaba un irresistible impulso de generosidad, jamás hacer donaciones a una organización que no estuviera registrada legalmente. Se los advertía de que no tiraran el dinero para financiar a «traficantes de carne humana», a asociaciones criminales que reclutaban y explotaban a inmigrantes, mendigos y prostitutas. En septiembre de 1933 se llevó a cabo una colosal redada para «limpiar Berlín de vagabundos y mendigos». En un solo día detuvieron y deportaron a 100.000 personas. Era la mayor operación policial y de arresto masivo vista en Alemania hasta entonces.

La opinión pública aplaudía las medidas. Recién instalados en el poder, los nazis se habían arrogado el control de qué se podía publicar y qué no. Se ocuparon de que la prensa otorgara la máxima importancia a la apertura de campos de concentración en los que recluirían sin juicio a opositores e indeseables. No intentaron ocultarlo, sino que se vanagloriaban de la eficacia de su nuevo sistema de «justicia policial». Como escribió Christa Wolf, «bastaba con leer los periódicos» para enterarse de la existencia de los campos, la Gestapo, la persecución y la discriminación. Así, no solo se sabía lo que ocurría: la mayoría lo aprobaba. Algunos con entusiasmo. Se mostraban satisfechos de que los nazis cumplieran su promesa de «orden, disciplina, normas». La mano dura e incluso la brutalidad, lejos de dañar la reputación de Hitler, gozaban de una amplia aceptación. El pueblo seguiría aplaudiendo cuando, junto con los demás «asociales», se llevaron a gitanos y judíos.

Sobre la pena de muerte también había consenso. Sobre todo para los delitos sexuales. Y más tarde para los atentados contra la «pureza de la raza», el mestizaje, el cruce de sangres (igual de grave o peor si era consentido). No se derramaron lágrimas por la durísima persecución a los «jóvenes rebeldes», descarriados, pequeños delincuentes, aunque también a chicos y chicas que simplemente rechazaban la disciplina de las Juventudes Hitlerianas (obligatoria a partir de 1939) y preferían escuchar jazz y bailar. Reunirse en bandas juveniles (como los famosos Piratas) se convirtió en un agravante que podía ser castigado con la muerte. No nos consta que

causaran un horror especial los primeros ahorcamientos públicos. ¿Por qué iban a moverse entonces cuando llegara el exterminio en masa y sistemático?

De la noche a la mañana se había desvanecido la larga tradición «romántica» de simpatía por los rebeldes y los inadaptados, desde el Schiller de *Los bandidos* hasta el Brecht de *La ópera de los tres centavos*, pasando por *Michael Kohlhaas* de Von Kleist. El protagonista de *La rebelión* de Joseph Roth es el lisiado de guerra Andreas Pum, cuyo sueño se hace realidad cuando le conceden una licencia de músico callejero. Pero su mundo se derrumba cuando, a raíz de una trivial disputa con el revisor del tranvía, le retiran el permiso y su reacción provoca que lo encarcelen. Y de la noche a la mañana desaparecieron los músicos callejeros, los mendigos e incluso las voces de los hombres en busca de «trapos, hierro, ropa vieja, papel». La gente parecía satisfecha. Mucho tiempo después del ignominioso fin del Tercer Reich había gente que recordaba con nostalgia la época en que las leyes eran estrictas, las calles estaban libres de mendigos y prostitutas, se ajusticiaba a los ladrones y «a nadie se le permitía llevarse algo que perteneciera a otra persona».

Los nazis construyeron un mito sobre la inflexibilidad. «Nuestros amigos criminales han tomado nota de que desde 1933 soplan aires nuevos en Alemania, más frescos y más sanos. No hay rastro de sentimentalismo en nuestros centros penitenciarios y en nuestras prisiones», proclamaba triunfal *Der Angriff* («El ataque») de Goebbels. Como si dijera «Se acabó la fiesta». Los nazis exhibían su maldad sin complejos. Y en eso se basaba gran parte del apoyo de la gente. Les brindaba una aceptación abrumadora. La bondad fue desterrada por aclamación popular, con el aplauso de los implicados, no solo de la Policía, sino también de jueces y criminalistas. Los «Principios del castigo penal» aprobados en 1923, en los albores de la República de Weimar, estipulaban que los presos debían ser tratados «con justicia y humanidad», «respetando su dignidad y fortaleciendo su sentido del honor». Durante la década siguiente los juristas se alejaron paulatinamente de este enfoque «blando». Ya en 1932, en la conferencia anual de la delegación

alemana de la Unión Internacional de Criminalistas hubo quien arremetió contra el exceso de humanidad hacia los presos argumentando que «a este ritmo, dentro de treinta o cuarenta años dejarán de imponerse castigos». Hubo quien defendía que «la idea del castigo está demasiado arraigada en la opinión pública sobre la finalidad de la justicia como para suplantarla».

TODO ES SIEMPRE CULPA DE LOS JUDÍOS

«¡Todo, absolutamente todo es culpa de los judíos!», rezaba el estribillo del aria de la habanera de Carmen que musicó Friedrich Hollaender, ya célebre por las canciones que Marlene Dietrich interpreta en *El ángel azul*.

*Si llueve y hace frío,
Si el teléfono está ocupado,
Si pierde la bañera,
Si te equivocas con los impuestos,
¡Todo, absolutamente todo es culpa de los judíos!
Si la comida sabe a jabón,
Si no llegas a fin de mes,
Si el Príncipe de Gales es mariquita,
¡Todo, absolutamente todo es culpa de los judíos!*

Se estrenó en 1931 en el cabaret Tingel-Tangel. Se burlaba de las obsesiones de los antisemitas con la técnica de la enumeración, encadenando, entre cada repetición del estribillo, los hechos más dispares, desde la actualidad política hasta las razones del malestar generalizado, pasando por el costumbrismo. El humor absurdo reflejaba el absurdo de la realidad. La canción formaba parte de un espectáculo de sátira política que, paradójicamente, no apuntaba contra los nazis, sino contra la República de Weimar. «Mentiroso, mentiroso, mentiroso, pero ¡cómo me gustaría que las mentiras fueran verdad!...», sonaba en la misma farsa «Münchhausen», una canción sobre los desencantados con la política y la democracia. También había una breve aparición de Hitler como un duendecillo menor que se limitaba a hacer de coco: «¡Ja, ja! Soy el pequeño Hitler y os voy a morder. Os meteré a todos en el saco, uh, uh, uuh». Resulta profético, aunque todavía con sordina, casi de forma inconsciente. En realidad, el duendecillo ya mordía con una ferocidad insólita.

El cabaret se presta a la estrecha imbricación de lo absurdo y lo trágico. Willy Rosen había inaugurado en 1924 el Kabarett der Komiker musicando *Quo vadis*, una parodia de los nazis cuando todavía se hallaban lejos del poder y apenas preocupaban a nadie. Se dice que, en el vagón sellado con plomo que lo trasladó de Theresienstadt a Auschwitz, Rosen no paraba de cantar: «Siempre hay de quien reírse en todo lugar / siempre hay quien bromea en todo lugar, / alguien destinado a representar al bufón...». No hay risa más trágica que la risa forzada del payaso. El bufón percibe matices que de otro modo pasarían inadvertidos. En su excelente *La risa nos hará libres: cómicos en los campos nazis*, Antonella Ottai relata, entre muchos otros, un *sketch* del «conferenciante» Franz Engel, asesinado después como tantos otros cómicos judíos.

Como siempre, voy al barbero hacia mediodía. Veo a un hombre salir catapultado por la puerta. No me lo explico. Le pregunto a mi barbero: «¿Qué ocurre? ¿Por qué ha echado a ese señor?». Me dice: «Fíjese bien». El tipo entra en mi local y suelta: «¡Aféiteme!». ¿No podía decir, como todo el mundo: «¿Tendría la amabilidad de afeitarme?». De pronto exclama: «¡Qué peste!». «Disculpe —le digo—, creo que se equivoca, pero ¿a qué se supone que huele?» Saco la navaja y empiezo a afeitarlo. Y él: «Sigue apestando». Empiezo a estar un poco mosqueado. Digo: «Le informo, señor, de que mi local se desinfecta cada día, realmente no sé qué puede apestar». Sigo afeitando, y él: «Sin embargo, apesta». Entonces me enfado y le digo: «¿A qué va a apestar? ¿No será usted el que huele mal?». Y me responde: «Ya sé a qué huele. Probablemente apesta a los judíos que han pasado por aquí». Ah, no, ahora sí que exploto. Mire lo que le he dicho: «Tenga cuidado con lo que dice, señor, porque entre mi clientela hay judíos de primera clase, gente respetable, honrados hombres de negocios... El que ofende a un judío me ofende a mí». Me contesta: «Supongo que usted también es judío». ¿Se da cuenta de lo que se ha atrevido a llamarme? En un instante estaba abofeteado y en la calle. ¡A mí nadie me ofende así!

Los nazis no inventaron el antisemitismo. Solo lo llevaron a las últimas consecuencias. Ya estaba muy extendido, profundamente enraizado en el alma nacional, en la cultura popular y también en numerosos ámbitos de la alta cultura. Desde la Edad Media los judíos habían sido acusados reiteradamente de llevar a cabo matanzas rituales, de desangrar a niños para aderezar el pan ácimo de Pascua, de vampirismo y de perversión sexual. Sin embargo, Alemania era el país que más había integrado a los judíos en su cultura. Peter Gay recuerda en sus memorias, *My German Question*, una violenta discusión que mantuvo en la Universidad de Columbia con su

colega Franz Neumann. Este, judío y alemán como él, se había exiliado de Alemania en 1933. Su *Behemoth* se convertiría en el texto de referencia sobre el sistema nazi para generaciones de investigadores. Gay cuenta que se peleó con él porque insistía en defender la absurda tesis de que, antes del ascenso de los nazis, Alemania era el pueblo menos antisemita de Europa. Pero que más adelante, recapacitando, le asaltó la duda de si Neumann estaba en lo cierto.

En Europa, los alemanes eran superados en celo antisemita por los franceses. En rencor, por los polacos. *Pogrom* es un término ruso. En Rusia nunca se tomaron a la ligera los prejuicios populares contra los judíos: la Policía zarista ideó los *Los protocolos de los sabios de Sion*, y ese espíritu se extiende hasta los tiempos de Solzhenitsyn. La paranoia antisemita de Stalin llegó al paroxismo en la posguerra: es probable que estuviera plenamente convencido de que los médicos judíos estaban confabulados para asesinarlo. Y para el bombardeo de propaganda sobre la conspiración judía mundial, Hitler encontró en Estados Unidos a un maestro aún más fanático si cabe: el magnate del automóvil Henry Ford, autor de *El judío internacional*. Así las cosas, ¿había realmente algo que predispusiera a Alemania más que a otros países al exterminio?

CONTRA LAS ÉLITES Y CONTRA LOS DESPERADOS

¿De dónde salía ese odio a los judíos? Entre las numerosas explicaciones posibles hay una que de entrada resulta extraña: la envidia. Es la que propuso en 1933 Siegfried Lichtenstaedter, un alto funcionario bávaro retirado, judío y a la vez alemán hasta la médula. En sus ratos libres escribía novelas en las que abundan las profecías. Acierta a menudo, y volveremos sobre él más adelante. Afirma que el resentimiento de los antisemitas nace de la envidia. Envidian a los judíos porque son cultos, ricos, exitosos, más felices que ellos. La envidia es una razón suficiente para odiar. Al envidioso puede carcomerlo el rencor, pero nunca admitirá que en el fondo desearía parecerse al otro. Muy al contrario, lo denigra, asegura que le repugna, lo tilda de ladrón, canalla, inmoral, estafador, astuto si tiene éxito, parásito si no lo tiene, despreciable en cualquier caso. Niega querer llegar a ser como él. Solo sentirá una impagable satisfacción si el otro cae en desgracia, si pierde lo que el envidioso considera ventajas y privilegios. En alemán existe incluso un término específico para designar el disfrute, la alegría por la infelicidad ajena: *Schadenfreude*.

Otra posible explicación es que el resentimiento hacia los judíos respondiera a lo contrario, ya que muchos de ellos —en especial los inmigrantes— se situaban en el último eslabón de la escala social, pobres

entre los pobres, ignorantes, en suma, «feos, sucios y malos». De hecho, estas dos interpretaciones distan de ser contradictorias. A uno pueden molestarlo los que están peor, puede odiarlos, y al tiempo envidiar, detestar a los que están mejor que él. Ambas opciones son complementarias, se dan la mano. Lo vemos cada día: quienes más abominan de los inmigrantes, de los llegados de Oriente Medio, Afganistán, África o Sudamérica, son también quienes más repudian a las élites, a las que acusan de ignorar el malestar «del pueblo», del hombre corriente, de los «que se quedan atrás», e incluso de medrar con ese sufrimiento.

En este momento oigo a nuestro ministro del Interior declarar en televisión que los que se apiadan de los inmigrantes, de los refugiados, de los naufragos abandonados en los barcos que los han rescatado, deberían preocuparse más por las necesidades de los italianos con dificultades. Los que sufren han sido abandonados, mientras que los inmigrantes son alojados en «hoteles de tres estrellas», gozan de prioridad absoluta para las ayudas, esgrime a continuación. Estallan los aplausos. Este sí que habla como el pueblo que lo vota. Los italianos primero, *America First, les français d'abord*. Lo que se oía en 1933. En su minuciosa revisión de los horrores de ese año, publicada póstumamente, acabada la guerra, con el título *La tercera noche de Walpurgis* (en referencia al descenso al infierno del Fausto de Goethe), Karl Kraus recuerda un episodio que presenció en Berlín y que le reveló «la raíz del problema», le hizo «intuir lo que es tan difícil de verbalizar». Una vendedora de periódicos anunciaba a voz en cuello un titular: «¿Por qué el judío gana más y más rápido que nosotros?».

La eterna cuestión, que todos seguimos planteándonos, es: ¿por qué tanto odio? Se trata sin duda de la gran pregunta, como afirma el historiador y periodista alemán Götz Aly, que buscó respuestas en *¿Por qué los alemanes? ¿Por qué los judíos?: Las causas del holocausto*.

Pero ¿quién los obligaba a hacerlo? ¿Qué se ganaba cultivando, exacerbando, situando en el centro mismo de la política, en el centro de todo, semejante odio a los judíos? ¿Qué sentido tenía? ¿No podrían haber hecho exactamente lo mismo sin arremeter con tal ferocidad contra ellos?

Imponer una dictadura que reemplazaba la democracia de Weimar, eliminar toda oposición, incluidos los que hasta el día anterior habían sido aliados del Gobierno, emprender una política ultranacionalista, exaltar una «Alemania para los alemanes», consolidar la economía nacional, financiar el rearme, incluso librarse una guerra de conquista: nada de todo esto requería incitar al odio a los judíos. ¿O tal vez sí?

Hay quien lo achaca a la psicosis de Hitler. Otros, al fanatismo de sus seguidores. Victor Klemperer, que lo sufrió en carne propia y consignó en su diario la escalada del odio también en el plano lingüístico (lo veremos en el capítulo 6), ofrece una respuesta muy sencilla: porque les convenía. Con su残酷 podían ganarlo todo y perder poco.

Una enorme ganancia, tan grande que me hace creer que el antisemitismo de los nazis no era una aplicación particular de su teoría racial general, sino que tomaron y desarrollaron la teoría racial general para proporcionar al antisemitismo un fundamento duradero y científico. El judío es la persona más importante en el Estado hitleriano: es el cabeza de turco, el chivo expiatorio por excelencia, el antagonista del pueblo, el común denominador más evidente, el paréntesis más adecuado para encerrar los diversos factores. Si el Führer hubiera logrado la ansiada exterminación de los judíos, debería haber inventado otros, porque sin el diablo judío —«Quien no conoce al judío no conoce al diablo», ponía en los tablones de anuncios del *Stürmer*—, sin el sombrío judío no podía brillar la imagen del alemán del norte. Por otro lado, al Führer no le habría costado encontrar nuevos judíos, teniendo en cuenta que diversos autores nazis consideraban a los ingleses descendientes de una tribu bíblica perdida...

El razonamiento cuadra perfectamente, casi como una ecuación algebraica, si sustituimos el término «judío» por «extranjero» o, peor aún, por el más despectivo «inmigrante».

La propaganda nazi no se limitaba a fomentar el antisemitismo: también arremetía contra las «influencias internacionales venenosas y pestilentes», contra la «telaraña internacional de las finanzas», contra los organismos económicos mundiales que pretendían imponer «la miseria» en Alemania con la excusa de la deuda, y, por supuesto, contra la «amenaza bolchevique» y el «terror comunista». Sin embargo, en el germen de todo, en el papel de bisagra del gran complot internacional contra Alemania, seguían estando los judíos. Entre 1930 y 1933, el antisemitismo constituyó para los nazis «la columna vertebral emocional». Hitler, como señala Götz Aly, «tañía la cuerda de la raza casi de pasada, como una nota amortiguada

y repetida en el bajo continuo de las arengas». Y con eso «bastaba» porque era lo que la gente quería oír. Como muestra cita un recuerdo familiar. Su tío August, que en esa época estudiaba en Múnich, fue a escuchar un parlamento de Hitler y observó que «hablaba sin mostrar rencor, con tanta prudencia que era el público el que aderezaba el discurso con las consabidas exclamaciones “judíos”, “traidores”, “canallas”». En fin, «orador y público hacían del antisemitismo un espectáculo interactivo». Tan interactivo como las redes sociales.

Al convertir el antisemitismo en su principal razón de ser, los nazis ampliaron sus bases de apoyo, pues apelaban a algo muy extendido entre la opinión pública. Valerse de los prejuicios y la histeria colectiva que habían provocado no era una posibilidad, sino una obligación. Como el aprendiz de brujo, ya no podían dominar las fuerzas infernales que habían conjurado y exacerbado, ni siquiera si hubieran deseado rechazarlas. Porque se habían afianzado precisamente sobre esa exacerbación, habían cobrado una parte sustancial de sus dividendos electorales. Pero me doy cuenta de que estoy condicionado por la actualidad. No hace falta ser nazi para sembrar el odio y atacar a los inmigrantes. Basta con que eso atraiga votos.